

AJ Y RESILIENCIA

“Una historia no tiene comienzo ni fin: arbitrariamente uno elige el momento de la experiencia en que decide mirar hacia atrás o hacia delante.”

-GRAHAM GREENE.

No esperas tener 6 años y estar parada ahí, justo enfrente de tu padre, con tu madre molida a golpes al lado y tu hermana mayor tirada en el suelo por la patada que le acomodó ese hombre; nunca olvidaré esa sensación al abrir la boca y decirle que se alejara de ellas, que en su vida volvería a tocarlas, porque no quería volverlo a ver. Ayudé a mi madre a incorporarse y abracé a mi hermana diciéndole que no pasaba nada, que estaríamos bien.

Pasaron pocos días para que mi madre planeara la escapada con mi hermana y conmigo, hablo con su jefe de aquel entonces, para que la ayudara a salir y la acogiera mi abuela, antes de que mi padre la terminara matando a golpes por llegar ebrio.

Mi madre tuvo otro hijo, medio hermano nuestro, cuando yo tenía nueve años, y decidió dejarlo con unos tíos por parte de ella, que tienen gran importancia en mi vida, la cual mencionaré más adelante. Duré viviendo con mi abuela hasta los doce años, momento en que mi madre decidió abandonarme a mí, porque le era difícil solventar los gastos de la casa, cuidar a mi abuela y a mi hermana, y aparte, solventar sus gastos.

Pero ¿qué pensaría mi madre que me provocaría al decirme que yo era una carga con la que no podía más? A su juicio, nada, porque prefería eso a ser una mala madre, pero me escuchó llorarle, pedirle que me alimentara con lo que fuera, que no me interesaba no tener lujos, ni zapatos, ni juguetes, ni usar ropa de marca, pero quería estar con ella, porque eso hacía una madre ¿no?, cuidar a sus hijos y tenerlos con ella, antes que abandonarlos. Gracias a eso tuve problemas de autoestima y alimenticios; depresión, ansiedad, y taquicardias, podía socializar ni expresarme bien, y sufrí de bullying toda la primaria y mi primer año de secundaria, lo que

provocó que dejara la escuela porque no podía si quiera mirar a mis acosadores; prefería morir antes que volver a pisar la escuela.

Aparecieron cuatro personas increíbles en mi vida, que se volvieron mi familia; mi tío por parte de mi madre y su familia me adoptaron, me hicieron entrar a la secundaria, obviamente cambie de escuela. Durante esos años comencé a trabajar en mí, en mi autoestima, en mi imagen; aprendí otros idiomas (me hice amiga de un brasileño en una salida al centro histórico de la CDMX, y me enseñó a hablar portugués básico e inglés, después aprendí más por mi cuenta, seguimos en contacto, pero regresó a su país); también trabaje emociones y conflictos que reprimía y me hacían daño, cada vez más, pues deje que todo eso tomará el control de mis emociones, de mi carácter, de mi juicio, incluso de mi salud, y era momento para mirar hacía enfrente.

Siempre he pensado que no te define nada ni nadie aparte de ti, ni tus padres o sus errores, ni de dónde vienes, ni lo que hacen otras personas, o lo que creen que debes ser o eres, pues son sólo sus ideas, no las tuyas. Y justo en esto me enfoqué para lograr mejorar como persona. Durante la secundaria tomé varias clases extra curriculares para expresarme mejor a través de la música, la pintura, los deportes, la ciencia incluso. Aprendí a tocar el piano, la guitarra un poco y el violín; practiqué americano, baloncesto, soccer, pesas, atletismo, y también hice amigos por primera vez en mi vida, amistades que siguen en mi vida hasta la fecha.

Después de todo esto, por si fuera poco, entré a la etapa más desafiante de mi corta vida.

Empezaba el primer año de la preparatoria y decidimos mi hermano y yo rentar juntos, pues, aunque teníamos una familia que nos daba su apoyo, siempre estaba presente el “no somos hijos de sangre”, las preferencias y los privilegios, incluso al ser presentados en familia. Ambos conseguimos trabajos en la secundaria, yo como aprendiz en un taller de motocicletas haciendo pinturas, y él en un negocio de comida japonesa.

Los dos estábamos centrados en la escuela y el trabajo, sin vida social, porque, aunque suena exagerado escuchar que la gente dice “no es fácil trabajar y estudiar”, “o descuidas una o descuidas otra”, es real, porque a veces no tienes tiempo para nada, ni para el trabajo, ni para la escuela, mucho menos para pasar tiempo con amigos o haciendo otras cosas. Sin embargo, jamás dejamos que eso tuviera gran impacto en nuestro desempeño académico o en nuestros trabajos, al contrario. Pasamos el primer año con buenas notas y nos establecimos cada vez más en el departamento que rentamos; la primera vez, nos dejaron plantados en el lugar que rentaríamos y dormimos en un parque, porque no teníamos a donde ir, cuando pensamos que no podía ser más dura esa noche, cenando una galletas de la tienda y un yogurt, comenzó a llover sumamente fuerte como por diez minutos que parecieron horas, nos sentamos en la banqueta mojada para poder descansar un rato, ya que nuestras camas estaban empapadas (dos bancas en el parque); despertamos como a las tres de la mañana, caminamos hacia una calle donde vimos un anuncio de “Se renta departamento” y encontramos una camioneta con cajón de carga, nos subimos para dormir y a las siete de la mañana escuchamos que salían de la casa, así que despertamos rápido y corrimos para que no nos vieran, volvimos un poco más tarde a pedir informes y ese se volvió nuestro hogar.

El segundo año también nos esforzamos más, él tenía más carga de trabajo porque ya no era sólo trabajador, sino encargado del negocio, y yo tenía dos empleos, pues como mi sueldo en el taller no era fijo, debía tener un ingreso estable que me permitiera aportar a la casa, y así apoyarnos ambos. Nuestro rendimiento era bueno, pero cada vez nos cansábamos más, nos estresábamos más y nos veíamos menos. Una situación bonus que se presentó fue el reencuentro con mi madre biológica y mi hermana, después de años sin verlas, cosa que en mi cabeza no había traído nada malo, pues perdoné todo, más no lo olvidé, y eso me condenó, porque, aunque dejé de verlas, nunca dejé de preocuparme por ellas; mi abuela falleció años antes, y no quise verlas ni acercarme a ellas, pero a raíz de esto, las apoyé económica y emocionalmente, aunque no era mi obligación, pues eran adultas y tomaron sus decisiones. Mi hermano obviamente estaba en contra, pues

lo veía de manera externa, y muchas veces me dijo que solo se aprovechaban de mí, sin embargo, para mí eran mi familia y eso no iba a cambiar.

Y era así, pero tardé un poco en darme cuenta de que a mis ojos eran mi familia, pero a sus ojos, yo solamente era un colchón, un banco para sus propios intereses, así que volví a alejarme de ellas, y volví a trabajar en mi misma. No es algo de todos los días el darse cuenta de que tu madre y tu hermana no te ven con amor, sino con signo de pesos, no es algo de todos los días darte cuenta de que esas dos personas pueden mentirte a los ojos, fingir una relación de cariño e interés puro, solo para conseguir algo de ti.

Pero son cosas que pasan, cosas que me hicieron formar mi carácter, mis principios y valores, el afrontar todo eso, me hizo gran parte de la persona que soy, pues los veo como lo que no quiero ser, como los errores que no quiero cometer, como las lecciones que me obligaron a aprender. El tercer año fue, “pfff” ... Toda una montaña rusa de emociones, situaciones y vaivenes de la vida, que honestamente, si no hubiera aprendido cada lección, no estaría parada hoy, sabiendo lo que sé, creyendo lo que creo y esforzándome por conseguir lo que quiero.

Mi hermano enfermó a finales del segundo año, dejó la escuela y el trabajo, pero yo seguía tratando de solventar todo, salí de México a Toluca, para trabajar unas semanas, y cuando volví, estaba hospitalizado, por algo que era un resfriado al inicio, para volverse una neumonía, luego aparecieron complicaciones, comenzó a usar oxígeno, y me pasaba los días con él, escribiéndole cartas porque ya no podía hablar por mucho tiempo, ni caminar, ni moverse con tanta rapidez.

Pasaron unos meses y falleció, el único día en que iba tarde a verlo, recibí la llamada en el colectivo, recuerdo la sensación al ver el número de la señora que era su jefa en la pantalla del móvil, pues recibió la llamada del hospital, mi corazón se sentía al millón de latidos por segundo, y es raro cómo tu cuerpo lo presiente antes de saberlo, cómo hay algo que te causa una presión en el pecho; me temblaban las manos, mi voz casi sin sonido salía de mi boca para decir: “Sí, ¿qué pasa?”, y escuchar el sollozo de ella, tratando de decirme: “Se fue, ya pasó”, y todo se me nubló, recuerdo que se me cayó el móvil de la mano, y comencé a llorar, paró el

colectivo donde había pedido la bajada, y una señora sostenía mi mano, me dijo que debía ser fuerte y lo sentía. Corrí hacia el hospital, y todo parecía que estaba en cámara lenta, llegué y estaba tapado en la camilla, con sangre en la boca y en la nariz, pues, murió por una hemorragia interna que le provocó el esfuerzo que sufrió al toser, y se ahogó con su sangre. Lo abracé, caí de rodillas a un lado y pedí que todos salieran, no podía, como si un pedazo de mi corazón hubiese sido arrancado de mi pecho, un dolor crudo, que te hace cuestionar cosas que, no logras si quiera entender.

Por primera vez hablé con Dios, preguntando el porqué; por primera vez tuve que fingir estar bien, pues la gente que llegaba al velatorio, debía ser atendida, tuve que forzarme a no estar mal, hasta que terminara todo eso, hasta enterrar su cuerpo. Mi familia volvió a acercarse (otra situación bonus) pidieron que volviera a casa con ellos, y dejara que me ayudaran a sacar la preparatoria, aunque habían sido nuestras decisiones, querían cuidar de mí.

Volví con mis tíos y su familia. Entré en depresión. Dejé de dibujar, de tocar música, dejé mi segundo trabajo, era en una cafetería, y dejé de expresarme con la gente, me volví cerrada como al principio, me costaba muchísimo demostrar emociones con la gente, incluso con mi familia, llegué al punto de salir de casa con la idea de querer que me pasara algo, para no tener que volver, para volver a ver mi hermano, había días en que no comía nada, otros en los que comía demás, despertar a las tres de la mañana y no volver a conciliar el sueño, o dormir hasta las cinco de la tarde, y cada noche, dormir llorando, pues parecía irreal que estábamos construyendo tanto juntos, y un día, todo se fue, y mi hermano con ello.

Ahora que lo pienso a la distancia, me doy cuenta de que su pérdida me enseñó demasiado: primero, que nada está asegurado, pues el mañana es un misterio y solo tienes lo que puedes hacer hoy; segundo, que las personas que amas pueden no ser las personas que estarán siempre contigo, pero cada una te deja una marca, una lección, para toda la vida, tercero: que la única persona capaz de decidir hacia dónde mirar, para adelante o atrás, eres tú. Pues el momento en que mi madre me abandono pudo haber sido el momento en que decidiera mirar hacia atrás, y dejar

que ahí terminara todo, no hacer nada por mí, ni tratar de salir de todo eso, dejar que cada problema me consumiera, pues, evidentemente era más fácil no hacer nada, que salir e intentarlo. No ha sido nada fácil estar aquí, llegar al final del tercer año y ver todo lo que me toco atravesar para formarme como persona, para ver el impacto de todo eso en mí. .